

El popular

Año XXXV

Cabra 23 de Abril de 1952

N.º 1809

La Biblioteca Pública Municipal celebra brillantemente la Fiesta del Libro

Y un sentido homenaje a la memoria del inolvidable Padre Peña López

A las 12 y media de la tarde del próximo pasado domingo, celebró la Biblioteca Pública Municipal, en el Coliseo de la calle de Cervantes—graciosamente cedido para tal fin por su propietario Sr. Ortiz de Galisteo—la Fiesta del Libro y un sentido homenaje a la memoria del preclaro egabrense Don Antonio Peña López.

El Teatro ofrecía un simpático aspecto pues estaban ocupados los palcos, butacas y plateas por un selecto público en el que predominaba una representación muy numerosa del sexo bello. La amplia platea de la izquierda la ocupaban el Alcalde accidental Don Jaime Garrido Moreno; Tenientes de Alcalde, otros ediles, Secretario de la Corporación y demás autoridades; en otra vimos a los sobrinos del inolvidable y ejemplar Sacerdote.

Comenzó el acto leyendo el auxiliar de la Biblioteca, señor Moreno Maiz, el siguiente extracto de la Memoria correspondiente al pasado año.

Ilustrísimo señor: señoras: señores: lectores muy estimados:

En el ejercicio décimo séptimo de su funcionamiento, la BIBLIOTECA PÚBLICA MUNICIPAL redacta la MEMORIA correspondiente, en la que refleja sus actividades en el año de 1951.

FONDO BIBLIOGRÁFICO.—Al finalizar el ejercicio, el número de volúmenes puestos a disposición de los lectores, asciende a 5776. La Ilustre Junta de Adquisición y Distribución de Publicaciones ha donado 221 volúmenes y 271 revistas. El Ilustrísimo Ayuntamiento de Cabra, 41 volúmenes y 404 revistas infantiles. De los lectores se han recibido 211 libros y revistas. La Junta de intercambio ha hecho a la Biblioteca un donativo especial de incremento de la Biblioteca, de cien obras selectas, todas encuadradas. El Ayuntamiento ha costado la encuadración de 297 volúmenes.

La estadística de lectores en 1951, comprendido el préstamo, asciende a 20.517, entre niños y adultos. Las obras leídas en el ejercicio a 21.825, y las obras dadas a préstamo a 4776 a niños y 5811 a adultos, o sea un total de 10.587.

En 1951 celebró la Biblioteca la Fiesta del Libro, en este mismo local, abarrotado de público lector. La in-

tervención del llorado maestro Don Antonio Peña López (q. e. p. d.) sobre «Motivos del Quijote», fué una pieza oratoria que ha quedado para siempre en el alma de los que le escuchamos. En este acto se premió la asiduidad y el buen comportamiento con el libro, donando libros a los más distinguidos lectores.


Durante el ejercicio, y cuando hemos encontrado oportunidad, se han ofrecido a los pequeños lectores, breves lecciones sobre héroes, artistas y hombres de ciencia españoles, así como recitales poéticos. En el presente ejercicio es propósito de la Biblioteca continuar ofreciendo estos signos de la cultura.

La Biblioteca cumple sus fines atendiendo a sus numerosos lectores, muchos de los cuales retiran libros de estudio. Muchos de los lectores que nos escuchan, no sólo frecuentan la Biblioteca para retirar libros, sino que son visita de la misma, por el placer que les produce refugiarse en lo que nosotros llamaríamos su «hogar espiritual». A estos amigos del libro les expresamos nuestra gratitud.

En el presente ejercicio, siguiendo la pauta trazada, hemos convocado un concurso literario sobre el tema «SEMBLANZA DE DON ANTONIO DE LA IGLESIA Y VARO», a quien tuvimos el honor de tratar y de recibir sus enseñanzas. El joven estudiante Don Francisco Granados Atalaya ha escrito una bella biografía de nuestro ilustre paisano.

Consignemos nuestra gratitud y la de los numerosos lectores, a la Junta de Adquisición y Distribución de Publicaciones, al Ilustrísimo Ayuntamiento y a los donantes, por el apo-

HOY
Fiesta del Libro

 10 por 100 de descuento.

Librería MEGIAS - Cabra

yo decidido que prestan a este centro de cultura.

EL BIBLIOTECARIO

Nutridos aplausos rubricaron la lectura de la citada Memoria, claro reconocimiento de la ingente labor que realiza la Biblioteca.

A continuación el Sr. Granados Atalaya leyó la interesante biografía del autor de *Angustias Salazar*, que publicaremos en el número que viene.

El Sr. Granados Atalaya escuchó, al terminar la lectura de su interesantísimo trabajo, cálidos aplausos.

Después se verificó la entrega de premios—interesantes libros—al señor Granados y a los lectores de la Biblioteca que más se han distinguido por su asiduidad y comportamiento con el libro.

Y así terminó la Fiesta del Libro celebrada por la Biblioteca Pública Municipal de Cabra.

Luego dió principio el homenaje a la memoria del inolvidable Padre Peña con unas muy sentidas palabras del señor Moreno Maiz en las que recordó la actuación del finado en la Fiesta del Libro del año anterior, rogando, por último, se trocaran los aplausos, al finalizar la lectura de los trabajos dedicados al P. Peña, por un piadoso silencio.

A continuación, D. Alexio de Burgos leyó un expresivo telegrama de adhesión al acto del Ilmo. Sr. Don Manuel Enríquez Barrios, el siguiente trabajo del Director de la Biblioteca, Juan Soca y unos versos del poeta paisano Ruiz Madueño:

El Padre Peña, alma de nuestro pueblo

La Biblioteca Pública Municipal se conmovió al filo de la muerte física de D. Antonio Peña López, el sacerdote ejemplar, el sabio maestro, el generoso corazón amigo de todos. La Biblioteca ha llorado con lágrimas de sinceridad, y ha guardado luto en el alma, por la irreparable pérdida del más decidido protector del buen libro, del amante del buen libro, del evangelizador del buen libro. Y en este primer día de exaltación del libro, en el que sentimos el inmenso vacío de la noble figura del Padre Peña, nada más justo y obligado que ofrendar lo más puro de nuestro ser a aquel espíritu superior que, año tras año, desde la creación de esta Biblioteca, la amparó con su cultura, con su dinero y con su corazón. Hoy hace un año que, desde esta tribuna, pronunció una de sus más elocuentes lecciones, en torno al libro más español, con el tema «Motivos del Quijote».

Hay deudas, como esta contraída
(*Stigue en la última plana*)



El padrón de vecinos

El Alcalde de esta Ciudad.

Hace saber: Que terminada la rectificación anual del Padrón de vecinos, con referencia al 31 de Diciembre de 1951, queda expuesta al público en el Negociado 2.º de la Secretaría de este Ayuntamiento, durante el plazo de ocho días, en los cuales podrán formularse las reclamaciones oportunas y podrán hacerse la correspondiente inscripción, quienes no la hubieran hecho por cualquier circunstancia, haciéndose saber que cumplido el plazo referido, el Padrón quedará firme sin que procedan más rectificaciones que las previstas por las disposiciones vigentes.

La obligación de formular la inscripción corresponde a todos cuantos pernoctaron en esta ciudad el 31 de diciembre de 1951 y la misma es indispensable para la estadística vecinal, así como para la expedición de certificados de vecindad a efectos de concesión de viviendas, colocación obrera, exención de rentas, matrícula gratuita, familias numerosas, subsidio familiar y Padrón de beneficencia.

Lo que se hace público por medio del presente para general conocimiento.

Cabra, 17 de Abril de 1952. — Luis Cabello. — Por mandado de S. S.ª, Raf. Moreno la Hoz.

El Padre Peña, alma de nuestro pueblo

(Viene de la 6.ª plana)

destilan humanidad. Son escritos concisos, templados, reflexivos y valientes, sin dejar de ser serenos y luminosos al mismo tiempo, plenos de enjundia y de hidalguía. En sus libros, todavía inéditos, plasmó la sangre que le produjeron las heridas en su contacto con el mundo, lo que le hace acreedor a la devoción más sincera, que nosotros le tributamos siempre, como un acto de obligada justicia. Cuando su pluma—lanza, en mano del propio Alonso de Quijano—, arremetía contra los follones y malandrines con los que solía topar nuestro señor Don Quijote, la socarronería humana le miraba con ojos torvos o hacía un mohín despectivo, cuando no intentaba detenerle la mano en su noble impulso generoso. Escribir para halagar las pasiones o como contribución al estómago agradecido, no es escribir; es hacer de un noble arte una industria. El Padre Peña fué el reverso de los ventajistas de la pluma. Ellos representan el espejo cóncavo. El Padre Peña, el plano y limpio espejo. Aquellos venden el alma, y el Padre Peña la regalaba, con toda generosidad.

Como solera del escritor estaba el erudito. No el erudito «a la violeta», que tanto abunda. No el escritor espectacular que luce erudición de bisutería, como se luce una joya prestada. No el archivador de títulos y autores, que nos convierten en un

El acto del sepelio de la Hija de la Caridad Sor Enriqueta García Lariño, constituyó una impresionante manifestación de duelo. --Dn. José Argelés Eserich, Coronel de la Guardia Civil

Organización Nacional de Ciegos

DELEGACION LOCAL
Números premiados durante la semana pasada:

Día 14, lunes	073
» 15, martes	156
» 16, miércoles	649
» 17, jueves	367
» 18, viernes	464
» 19, sábado	566

NOTA.—Esta Delegación paga los premios dos días después de verificando el sorteo.

monumental catálogo viviente. La erudición en el Padre Peña era lo que las virtudes en el buen cristiano: que se van ganando y atesorando en el alma, por amor al Bien Sumo, que es Dios. El Padre Peña fué captando el oro de su cultura, para marchar, por sus propios pies, por el mundo del arte. Y aquí sí que podríamos, sin temor a equivocarnos, proclamar que la fórmula del arte por el arte se hizo para que practicara este buen Cura, que sabía de todas las cosas porque, antes que en los libros, las aprendió en el choque con el mundo. A pesar de que muchas veces le vimos protestar, cuando libraba singular batalla con los viejos infolios, en busca de materiales preciosos para que otros se lucraran, en el fondo de su alma no había tal protesta. Si aquel penoso e ingrato trabajo era para dar luz y brillo a su pueblo, ni los desvelos ni los trabajos le agobiaron nunca. Por eso fué una auténtica alma de nuestro pueblo, luz y guía de nuestro pueblo, alma encendida en el amor a su pueblo, aun cuando no se estimara ni se reconociera esta virtud de conseguirlo todo para los demás.

Opuestamente a los que el Padre Peña llamaba «hombres de libras», él nos dió el ejemplo de ser un auténtico hombre de libros. Porque éstos fueron, siempre, para el Padre Peña, el talismán con el que se conquista el corazón del mundo. Porque los buenos libros son el refugio y la esperanza de toda alma que vive pegada del suelo. Porque los buenos libros son el pan de nuestro espíritu, manantial de bellezas y de armonías, eco de nuestro encendido corazón, el amor más desinteresado; el Padre Peña los sembraba a voleo, como buena semilla, los ponía en todas las manos, los cantaba, los prodigaba, regalándolos. Así ejercía el apostolado del verdadero amigo del libro. ¡Cuántas veces entraba en nuestra Biblioteca en busca del buen libro, para ponerlo en alguna mano reacia, suspicaz o escéptica, con la misma diligencia y amor que la mano generosa lleva la medicina a la cabecera del enfermo! ¡No merece el título de apóstol del libro, quien lo busca con amor y lo aplica al alma como un



de la vida local

PRIM ANIVERSARIO

ROGAD A DIOS EN DAD POR EL ALMA DEL SEÑOR

D. Antonio García Reyes

Falleció en su casa de la ciudad de Cabra (Córdoba) el día 25 de Abril de 1951, a los 57 años de edad, des de recibir los Santos Sacramentos y la bendición de Su Santidad

I. P. A.

Su Director espiritual D. Francisco de P. Cabra; su afligida esposa D.ª Francisca García Gálvez, su madre D.ª Antonia Reyes Esojo viuda de García hermanos D. José, D.ª Joaquina, D. Luis, D. Domingo, D. Francisco y D. Valeriano; hermanos pos D. Domingo y D. Antonio García Gálvez, Don Domingo Gámiz Bermúdez, D. Francisco Parras, D.ª Josefa Canela Reyes, D.ª Purificación Ruiz y D.ª Carmen Juárez Moreno, sobrinas Isidora y Inga Gámiz García y Antonia García Canela y demás familia.

SUPPLICAN a sus tades y personas piadosas una oración por el alma del finado y la asistencia a los solemnes funerales que en su sufragio se celebrarán el día 26 de este mes, a las 10 de la mañana en la Parroquia de Nuestra Señora de la Inmaculada y Angeles, de esta Ciudad, por cuyos favores les quedarán agradados.

Cabra, Abril 1952.

remedio; quien lo exalta como la buena doctrina; quien hace del libro pan y aire, luz y entendimiento?

Si el Padre Peña no hubiera atesorado tantas virtudes, hubiese merecido la más alta estimación, sólo por su magnánimo egabrensisimo. ¡Nadie le aventaja en haber sido el más puro y noble devoto de todo lo nuestro! Desde que Dios manda la luz del día hasta que el sol se hunde en el horizonte, el Padre Peña era el manojo de nervios que se placía en ser grato a todo el mundo: era el pecho abierto a toda noble acción; era la mano amiga que se nos tiende efusivamente, amorosamente. No había tregua en el Padre Peña para practicar el bien, sin mirar condición ni circunstancia. Se daba a todos, por entero. Era, también, el espíritu justo que, como Jesús echaba a latigazos a los mercaderes, del templo. Con ambas manos practicaba el bien y la justicia. Consolaba al afligido, al tiempo que flagelaba al perverso. Daba la medicina al enfermo y recelaba de las torres que, por su altura, pretenden aplastarnos. Reencarnaba a Cristo en la Cruz y a Dios en el Sinaí. Ponía frenos a las pasiones y conducía con brida de seda al corazón caído. Sirviendo a la patria chica sirvió a Dios y a la patria grande. Su cultura y su corazón estuvieron siempre al servicio del pueblo que le vio nacer. Para su pueblo fueron sus amores, sus alegrías y sus esperanzas. El viajero, de la condición que fuera, al poner los pies en Cabra, encontraba en el Padre Peña al mentor, al guía, al panegirista de la ciudad de Valera, de sus bellezas y de su historia. No quedaba rincón bello, templo de arte, vestigio de grandeza,

H Y Fiesta Libro

10 por de descuento

Librería MAS - Cabra

signo de progreso industrial, brizna de egabrensisimo no fueran mostrados a los ojos forastero, prestigiados por el espíritu de generosidad del Padre Peña, quien lo atendía con exequ, volcando su bolsillo en hotel curioso de nuestras cosas, cuando el Padre Peña mostraba toda su desnudez su bellísima alma.

¿Con qué paga ciudad de Cabra, y con qué damos los amantes de nuestro pueblo, tanto desinteresado, tanta generosidad, tanta hidalguía como el Padre Peña prodigó, durante tantos años, sin haber sido representante de nuestro pueblo?

Por todas estas razones y virtudes, el Padre Peña lo, durante muchos años, el alma de nuestro pueblo. Alma de sí es quien, nacido del pueblo prestigio y en grandece con sazón y con su talento; con su obra; con su presencia y dila en todos los actos noblementidos; con su encendida fe y entusiasmo por todo lo grande, lo y lo bueno. Es alma de su pueblo, como el Padre Peña, ha logrado su vida ejemplar, lumina de sacrificio, a

derramar el bien donde quiera que se encontrara: en la iglesia, en el hogar, en la calle; quien llegaba a los límites de la generosidad, enjugando todas las lágrimas, solucionando difíciles situaciones económicas. Es el alma de su pueblo quien, como el Padre Peña, extremaba su simpatía, su cordialidad, su gentileza y su amor, con altos y bajos, chicos y grandes. Y es alma de su pueblo quien, como el Padre Peña, careciendo de toda comodidad, luchó esforzadamente, tenazmente, amorosamente, sin esperar la recompensa que todos exigimos cuando ejercitamos el bien. Escasamente se le han reconocido sus dotes de talento y sus efectivas virtudes. Vivió dentro de la más ennoblecida pobreza y pasó por este pueblo, del que fué alma y vida, luz y ejemplo, sin recibir los honores que con tanto desinterés había ganado.

El famoso compositor y pianista Rubinstein decía que «lo que más importa no es saber cómo se toca, sino oír cómo suena». Toda la vida del Padre Peña fué un acorde grato al oído y al corazón, al entendimiento y al sentimiento. ¡Cómo suenan y sonarán siempre, sus amorosas acciones, su fervoroso entusiasmo, su generosidad y su sabiduría!

La ciudad de Valera, fina, alegre y bella, debe honor y gloria a la recia, encendida e ilustre personalidad del Padre Peña, como sacerdote ejemplar, hijo amante, sabio y erudito escritor, enaltecedor de nuestras grandezas. Debe gratitud al maestro y al amigo de todos. Y la Biblioteca Pública Municipal, que desde su creación ha venido recibiendo el honor y favor de la asistencia del Padre Peña; que en todos los actos que aquí se han celebrado, no han faltado sus frecuentes donativos, sus sabios con-

Vida Municipal: El padrón de vecinos, expuesto al público.—Las matrículas de ingreso y de enseñanza libre en el Instituto Aguiar y Eslava, podrán hacerse durante todo el próximo mes de Mayo

Descanse en paz

De pronto me lo dijeron, sin prepararme siquiera, como aquello que se dice cuando se cambia de tema. «¿No sabes lo que ha pasado? Que se ha muerto el Padre Peña». El papel que había en mis manos tembló como una pavesa, y si nó rompí a llorar no fué por falta de pena.

—¿Que se ha muerto D. Antonio, repuse, con inconsciencia, como si fuera imposible que un hombre bueno se muera. «Que te lo diga Fulano», respondió la voz aquella, con lágrimas de las más, las más puras y sinceras. Aquel Cura tan sencillo, de aristocrática esencia, filósofo y literato, arqueólogo y poeta; Quijote de un ideal que lo tuvo en la pobreza, esa pobreza de aquel que ni con lo suyo cuenta. Hoy, las Madres Agustinas, esas monjitas tan buenas, por las que tanto luchaba, ahora lloran en sus celdas, entre plegaria y plegaria, para que Dios lo proteja, aunque saben que ganó toda la gloria en la tierra. Los pobres de todas clases, los que sufren, los que pecan, siempre encontraron consuelo en el umbral de su puerta, con la palabra precisa o la oportuna moneda. Recuerdo que, al despedirme, después de besar su diestra, me dijo muy campechano, con su peculiar franqueza: «No sabes, amigo mío, lo que una victoria cuesta, si la queremos ganar «con las más honradas fuerzas». Al decirme que te marchas, ¡cuántas cosas me recuerdas!... Puso en aquellas palabras un presagio de tragedia, algo de presentimiento, como si ya lo supiera. Descanse en paz aquel Cura orgullo de nuestra tierra, de mi tierra que lo llora, que lo quiere y que le reza.

MANUEL RUIZ MADUEÑO.

sejos, su aliento y su fe, repartiéndolos entre nosotros con una generosidad ejemplar, pide, como un acto de auténtica justicia, que le mostremos toda nuestra gratitud y perpetuemos su gloriosa memoria. Enviamos al trono de su gloria nuestras más fervorosas oraciones, como oro de nuestra alma y exhortemos a nuestra juventud para que estudie, analice, piense y crea, con la ejemplaridad y el amor del inmortal egabrense, el inolvidable Padre Peña.

JUAN SOCA.

Terminada la lectura de los versos



Natalicio

Con toda felicidad ha dado a luz una niña, tercer fruto de su matrimonio, la señora D.ª Araceli de la Cruz, esposa de nuestro distinguido amigo D. José Pallarés de la Yglesia.

Bautizo

En la Parroquia de Albacete ha sido bautizada recientemente la niña dada con toda felicidad a luz por la señora D.ª Isabel Jiménez López, esposa de D. Emilio García Cantarero, radiotelegrafista de aviación en aquella Base.

Apadrinaron a la neófito, a quien se le impusieron los nombres de María de la Sierra e Isabel, sus abuelos paternos D. Emilio García y D.ª Rosario Cantarero.

Boda Casas-Moreno

En la mañana del pasado día 5, contrajeron matrimonio en la Parroquia de San Francisco Solano, de Montilla, la encantadora señorita Rosa Casas Lucena, con nuestro querido paisano D. Manuel Moreno Alcántara, oficial de la Sucursal del Banco Hispano Americano en aquella población.

Bendijo la unión el Sr. Cura Párroco y actuaron de padrinos D. Rafael y D.ª Carmen Moreno Alcántara, hermanos del contrayente.

Un buen vino MORILES:

Fino OLÉ

de las Bodegas VÍBORA

de Ruiz Madueño, nuestro querido colaborador Alfonso Santiago, leyó un soneto — que publicamos en otro lugar — del Profesor de Literatura de este Instituto D. Ramón Escalada y un trabajo suyo titulado «Semblanza de D. Antonio Peña López, Sacerdote y Maestro Ejemplar», el cual publicaremos en otro número.

Por último nuestro fraternal compañero en la Prensa, el Director de «La Opinión» Manolo Mora Mazorría, leyó un trabajo en prosa y verso del exquisito poeta malagueño José Luis Estrada y Segalera; que también nos proponemos publicar y por último glosó de manera maravillosa uno de los últimos artículos del P. Peña, titulado «Con el pie en el estribo» aparecido en el último número extraordinario del mencionado colega local y que leyó con acento emocionado.

A las muchas felicitaciones que el probo Director de la Biblioteca, señor Soca, ha recibido por el éxito de la Fiesta del Libro, y por el bien organizado y sentido homenaje a la memoria del inolvidable P. Peña, suma la suya EL POPULAR.

El Padre Peña, alma de nuestro pueblo

(Viene de la 1.ª plana)

por la Biblioteca, que han de pagarse con el tributo del cariño, y que nos ofrecen ocasión de practicar una virtud tan española como desusada: la de mostrarnos agradecidos.

Hay en la vida de todo hombre una parte de oro que, como el nativo, no sale a la superficie. El oro del espíritu, casi siempre se confunde con el relumbrón, que es el exceso de vanidad que suele triunfar en el ser humano. Preferimos aparentar virtudes que no tenemos a mostrarnos desnudos de alma. La sinceridad—ya lo hemos dicho alguna vez— es un arma terrible que acorrala a las almas tímidas. No existe la valentía de ser sinceros, porque no podemos costear la virtud de ser puros. Se ha inventado el arte de la «educación», para mentir a los demás, que es una manera de negarnos a nosotros mismos. Y el Padre Peña, queridos amigos, era un hombre temiblemente sincero. Pensemos que vistió, con honor y virtud, los hábitos sacerdotales. Dios fué sincero desde el Sinaí y nuestro Señor Jesucristo desde la Cruz, donde fueron ignominiosamente enclavadas las más divinas virtudes, para afrenta del mundo. Dar con un hombre sincero, es decir, justo, noble, recto, es un feliz hallazgo. Es dar, casi con la reencarnación de Dios. Sin embargo, la pobre condición humana más se atiene al dicho español de que «el que no admite la adulación, la paladea», olvidándose del precepto de Fray Luis:

«...ni cura ni encarama
 la lengua lisonjera
 lo que condena la virtud sincera».

Cuando tropezamos con un ser sincero, es decir, justo, noble, recto, encarnación de Dios, le solemos aplicar el calificativo de loco... Sublime loco es, en efecto, Alonso Quijano, el más ejemplar de los héroes españoles, aunque el menos justipreciado. Pero... ¿a qué mostrar ejemplos? Veamos, con los ojos del alma, el más vivo y el más elocuente de hombre íntegro: el inolvidable y querido Padre Peña. ¿Qué importa que, como ser humano, lo mismo se nos haya mostrado dulce que áspero, blando que fuerte, si siempre triunfó en su corazón el espíritu de integridad? Recordémosle como a un ejemplar de la raza, como a un alma nobilísima que usó el arma de la sinceridad, como el látigo que flagela todas las maldades.

Un día, ya lejano, pero que vivió perenne en el corazón del Padre Peña, una mujer, santa por ser madre, en su postrer aliento pide al hijo que abraza la noble carrera sacerdotal. Desde este punto, la vida del Padre Peña, como la de todo hombre que ha cultivado los sentimientos, deja de ser una víctima de las pasiones, deja de ser un luchador consigo mismo. Ya no es el que tiene una espina clavada en el alma y no acierta a arrancársela. Es, por el contrario, el

hombre sereno, fuerte, que posee el dominio de sí mismo y que por la disciplina del verdadero amor, desoye todas las voces del mundo, para escuchar solamente el ruego materno. Así, durante cincuenta años de vida sacerdotal, el espíritu sigue triunfando de la materia; el Hombre, con letra mayúscula, del pelele que somos todos los hombres cuando no cultivamos la parte más noble de nuestro ser: el espíritu. Y he aquí al buen sacerdote, al buen hijo, rindiendo a la madre el homenaje de su alma, durante todos los días de su vida; haciendo devota ofrenda de su espíritu al espíritu de la madre, en el divino oficio de la Consagración.

Y como derivación de esta entrega de su ser al servicio de Dios, el pueblo de Cabra recibe el beneficio de contar entre sus hijos a un elegido de la Providencia, para que derrame, a diario, y a manos llenas, el bien y la caridad. Porque la generosa mano del Padre Peña estuvo siempre al servicio del necesitado. Su alma traspasó los límites de la generosidad. Llamar a su puerta en demanda de ayuda espiritual o material, era ver instituido al sacerdote en auténtico Cristo que lucha con todos los obstáculos para remediar, plenamente, nuestros males. Se le veía frecuentemente en los barrios extremos de la ciudad llevando, con la dádiva, el ánimo y el cariñoso aliento. El Padre Peña era de los pocos hombres que no saben decir «no», que hacen plena entrega de su corazón, que piden para los demás, cuando él era el más necesitado, y que, a cambio de tantas virtudes como derramó, muchas veces le cerraron las puertas a su alma generosa y clavaron en ella la espina de la traición.

Por obra de su renunciamento a las pompas del mundo, el Padre Peña, ávido de saber, espíritu amplio como el ave de altos vuelos, alma vibrante, encendida de amor a todo lo noble y a todo lo bello, se entrega al ideal de los libros, esos leales amigos que siempre nos muestran su alma, desnuda, y que nunca nos traicionan. Del Seminario salta a la cátedra, a la cátedra efectiva, no la que se gana como los advenedizos o esos hombres que llamamos de «suerte». La cátedra del Padre Peña, la del hombre estudioso, consciente, sabio, bueno y áspero—divina dualidad que más lo acercó a Dios—, estuvo en todas partes: en la Iglesia, en el hogar, en la calle, en la Biblioteca. El Padre Peña nos enseñaba a todas horas a ser hombres buenos y enérgicos, nobles y justos, ejemplares e inflexibles. ¿Qué importa que en la cerril guerra que es nuestra vida, el Padre Peña perdiera la batalla que concede el marchamo de Maestro oficial, si él fué Maestro en todas las disciplinas, sin buscar otro premio que el ser grato a los ojos de Dios! Por ser alma que repartió generosamente entre todos nosotros, fué el más grande y noble Maestro. Así, nosotros le recordamos con gratitud y cariño desde el hogar del libro, porque al libro le dió su luminoso espíritu, desnudo, entero, cordial, y porque por el camino del libro llegó a ser sabio por

su bondad y bueno por su sabiduría.

No fué menos grande el hombre que el sacerdote. El Padre Peña nos demostró, reiteradamente, que el sacerdote que no es viril, cumple a medias. El Padre Peña sirvió a Dios, lo mismo desde el Ara del Altar que desde la calle, donde la ola de las pasiones nos suele envolver casi siempre, para despistarnos. Su virtud de ser amigo de todos y de tenderle la mano al caído, le mostró a los ojos de los hombres de corazón, como el fuerte sacerdote que no olvida nunca su cualidad de ser humano. No cuesta gran trabajo ser amigo del poderoso. Es más cómodo y más práctico adular, que mostrarnos generosos con el que ha caído en desgracia. Es más simpático sonreír al triunfador que al derrotado. Es más elegante sentarnos a la vera del poderoso que emparejarnos con los harapos. Y aquí sí que cumplen su divina misión el sacerdote y el hombre; hechos una pieza, confundidos en el amor que es la sangre de Jesucristo; en la inclinación hacia el caído, virtud que practicó constantemente el Padre Peña, aún a trueque de caer en el enojo del César, pero que brilló en su alma como auténtico oro. «Porque la vida humana es un camino», nos dice el poeta González Martínez.

El sacerdote, el maestro, el amigo y el hombre, se sintetizan en el escritor. Si lleva al periódico o al libro las flores del ensueño o las realidades de lo vívido convertidas en rosas, ofrece espinas al seglar, al sacerdote le oponen barreras infranqueables. ¡Cuánto sabía, por propia experiencia, de todo esto, nuestro querido e inolvidable Padre Peña! Y cuando en el sacerdote se define un sentido divinamente humano, el choque con la realidad hace, casi siempre, que triunfe el escritor que, como el Padre Peña, no sabía escribir más que con sangre de su corazón.

Nos cupo el honor, muchas veces, de escuchar, en la sagrada cátedra, la palabra humanizada de Dios, por boca del Padre Peña. Eran los principios de su segunda juventud. Por entonces lo vimos luchar con los tratados de Preceptiva Literaria, dando rienda suelta a su irresistible vocación por las Letras, hasta que coronó con su talento y sus férreas dotes de hombre laborioso, la meta de su carrera literaria. El Padre Peña empezó por donde otros terminan. Primero se hizo culto, para ser un buen escritor, un auténtico escritor. Se familiarizó con los libros antes que con las cuartillas. Hizo una solera de sabiduría en su alma, para dar generoso vino. Sus discursos y sus escritos florecieron durante varios lustros, sin afán de gloria y mucho menos de lucro. Quien escribe con sangre de sus venas, mira al cielo del arte sin importarle la dádiva. En el Padre Peña, como en todo escritor consciente, el estilo era su alma: un alma bella, trasparente, noble y buena. Sus semblanzas de escritores nacionales y locales, sus cientos de artículos,

(Termina en la plana central)